

## CAPITULO IV.

La situación en el Estado de Puebla.—El Distrito de Tepexi.—Adhesión de los reaccionarios al plan de Tacubaya y sus reformas de 11 de Enero.—Fiestas en Puebla por tal motivo.—Asesinato del coronel Argüelles.—Horror que causa este hecho execrable.—Disposición de Echeagaray, relativa á la ley de desamortización.—Inconveniencia de esa medida—La campaña de Oriente.—Sale Echeagaray á batir á los constitucionalistas de Veracruz.—Proclama que expidió.—Toma de Orizaba.—Operaciones de la Brigada Alatríste.—Entrada del coronel Delgado (á) el Gallo Pitagórico, en Zacatlán y su pronta salida.—Combates en esta ciudad que abandonan los constitucionalistas.—Son perseguidos y derrotados en el pueblo de Xicotepec, después de un sangriento combate.—El coronel Dimas López.—Algo acerca de este valiente y pundonoroso Jefe.—La guerra continúa terrible.—Apreciaciones de la prensa reaccionaria acerca de la situación.

Sucesos importantes estaban teniendo verificativo en el país, á consecuencia del funesto Golpe de Estado que desencadenó una tempestad de horrores sobre nuestra patria infortunada, y que en nefanda hora diera el mal aconsejado Comonfort. Algo llevamos dicho acerca de esos acontecimientos, y consecuentes con nuestros propósitos, vamos á continuar el relato de los hechos subsiguientes.

En posesión de grandes elementos el partido reaccionario, comenzó desde luego una activa propaganda en pro de sus tendencias retrógradas, auxiliado eficazmente por la llamada aristocracia, el clero farisaico y artero, y por la antigua y desprestigiada clase militar.

La sorpresa y el asombro que reinaba por todas partes, hicieron que muchas poblaciones, víctimas de la audacia y los tortuosos manejos de esa facción liberticida, levantaran actas de adhesión y reconocimiento al Gobierno emanado del Plan de Tacubaya, teniendo

que retractarse después, pasados los momentos del estupor, de esas manifestaciones que podremos llamar *inconscientes*.

En efecto, después de las primeras impresiones, la Nación se puso en armas, y su vasta extensión ofrecía el espectáculo de un inmenso campo de batalla, en el que se debatía con las armas la solución de problemas de altísima importancia.

Puebla no podía permanecer indiferente ó extacionaria en ese grandioso movimiento que ponía en actividad todas las aptitudes, que sublevaba todas las conciencias, y que abría un amplio campo á todas las esperanzas apoyadas por la razón é impulsadas por el espíritu de libertad.

Bajo tal supuesto, á la vez que los distritos del Norte asumían una actitud digna y hostil al nuevo poder que pretendía implantarse, el de Tepexi ofrecía una perspectiva hermosa.

Dirigido por abnegados constitucionalistas, á cuya cabeza se encontraba el distinguido liberal, Coronel D. Prudencio Rodríguez, supo ponerse á la altura de la situación, retando y resistiendo á sus numerosos adversarios contra quienes sostuvo una tenaz y heroica campaña.

Al estallar el movimiento reaccionario, una Sección de guardias nacionales tepejanas, se hallaba como de observación en el pueblo de San Juan Ixcaquistla: el Jefe de ellas, D. José María Quijano, resolvió adherirse al Plan de Tacubaya, dirigiéndose para el efecto á la ciudad de Tepexi: á los dos días y á la cabeza de dicha fuerza emprendió la marcha hacia la Capital del Estado; mas al llegar al paraje llamado "La Ajamilpa," dejó encargado del mando al 2º en Jefe, Teniente Coronel Rafael Bueno, y él se adelantó á conferenciar con el General Echeagaray.

Entonces Bueno arengó á la tropa, recordándole sus antecedentes patrióticos y adhesión á la Carta Magna de 57, manifestada en ocasiones solemnes: sus razonamientos poderosos apoyados por la convicción y el entusiasmo, encontraron acogida en aquella reunión de ciudadanos armados, la cual, volviendo al sendero del orden y el deber, vitoreó la Constitución y regresó al punto de partida, ofreciendo combatir sin descanso contra las turbas tacubayistas.

Mientras los valientes tepejanos inauguraban de manera tan notable la lucha contra la reacción, el poder que la representaba en la

Capital del Estado, ó sea el General D. Miguel M. Echeagaray, dirigía con fecha 29 de Enero de 1858 al Gobierno de Zuloaga una extensa y servil manifestación, por medio de la cual, y *dizque* en nombre de sus gobernados, expresaba estar enteramente de acuerdo con el Plan de Tacubaya y las reformas hechas en el mismo el 11 de Enero, ofreciendo su explícito reconocimiento al poder establecido en la Ciudad de México, y su franca y leal cooperación para el logro de los fines que dicho Gobierno se había propuesto.

Un periódico de la localidad, "La Voluntad Nacional," hizo una extensa crónica del suceso, y de ella tomamos los siguientes párrafos.

"Así fué que á las tres de la tarde de ese día memorable (el 29 de Enero), los vecinos de todos los barrios, en unión de sus Jefes, acudieron al centro de la Ciudad, trayendo el pabellón nacional que pasearon por la línea de la fortificación, en medio de vítores, acompañado de música y seguido de la multitud.

"Una salva de artillería y otra vez el repique general anunciaron que el acompañamiento salía del Palacio. El venerable Cabildo Eclesiástico, el I. Ayuntamiento, las corporaciones religiosas y los colegios, los empleados civiles y crecido número de personas particulares formaron la comitiva, escoltada por toda la guarnición.

"La carrera del bando estaba perfectamente aseada: los balcones cubiertos de cortinas con una cruz roja, se veían coronados de las hermosas poblanas, que como las vestales mantenían el fuego de la fe en el triunfo de los principios reinantes.

"La comitiva continuó su marcha bajo una lluvia de flores, desprendida de la altura de las casas. Llegó á Catedral donde se celebró un solemne *Te Deum*, concurriendo á él S. E. Concluida la acción de gracias, y cuando la asistencia regresaba á Palacio, una joven del pueblo, vestida de blanco y sencillamente adornada, se abrió paso entre la multitud, hasta llegar cerca del Gobernador, á quien obligó á detenerse mientras le arrojaba flores: ofrenda humilde pero expresión de la gratitud y afecto del pueblo que manifestaba sus sentimientos al hombre que, como otro Moisés, redimía á Puebla de la esclavitud á que la redujeran sus tiranos.

"El acompañamiento se dirigió á Palacio, y allí recibió el Señor Gobernador las felicitaciones populares, contestándolas de una manera franca y satisfactoria á la población.

“Retirados los concurrentes, la multitud, no obstante, permanecía en la Plaza, aumentándose cada vez más por las oleadas que llegaban formadas de las masas. Pedía la presencia del General, y éste acudió á aquellos deseos. No bien hubo aparecido S. E. en los balcones de Palacio, y por todos los ángulos del centro se escucharon vivas á la religión, distinguiéndose principalmente los nombres de los Generales Zuloaga y Echeagaray, y los de los inmortales Osollos y Miramón. El Gobernador se despidió del pueblo, manifestándole con estas palabras, “soy todo de vdes.,” que se consagraría enteramente á la felicidad de los poblanos, á cuyas manifestaciones nobles correspondía.

“Poco después, los grupos se alejaron en todas direcciones. . . .”  
Aún resonaban los ecos de la fiesta á que acabamos de aludir, cuando en el Distrito de Zacatlán tenía verificativo un horrible acontecimiento; pero antes de describirlo tenemos que hacer una ligera digresión, necesaria para la mejor inteligencia de los hechos que estamos historiando, y es la siguiente:

Como es público y notorio, existe en la Sierra Norte del Estado de Puebla, un Distrito que lleva el nombre del distinguido liberal Don Miguel Cástulo de Alatríste, y cuya cabecera es Chignahuapan.

En la época á que nos estamos contrayendo, esta población pertenecía á Zacatlán, y sus moradores, partidarios decididos del retroceso, tomaron una parte muy activa en favor de las pretensiones de ese partido funesto que ha traído tantos males á la República.

Chignahuapan era el punto de cita, ó más bien, el amadrigadero de cuanta gente perdida había por el rumbo, y que se decía partidaria incondicional de la “Religión y los Fueros:” unida á sus congéneres, como Tulancingo y Zacapoaxtla, su acción fatídica la ejercía en una Zona extensa, dejando sus bárbaras turbas marcado su paso con una huella de sangre y exterminio, que aún se recuerda con horror, y que el curso de estos apuntes se encargará de patentizar.

Ya al concluir el referido mes de Enero, una gavilla procedente del pueblo susodicho, al mando de los cabecillas Adrián Islas, Antonio Domínguez (á Fonchi, Miguel Lastiri y otros, atacó la Hacienda de Tecoyuca, residencia del valiente Coronel de caballería Francisco Argüelles, quien se encontraba en ella con algunos soldados de su fuerza.

Después de un sangriento combate, y agotado el parque á los atacados, Argüelles se rindió, y sus enemigos, después de befarlo de manera indigna, lo condujeron á pie hasta el referido Chignahuapan, en unión de su anciano padre D. Antonio, del mismo apellido, y del entonces Capitán, Baltazar Téllez Girón: allí se dió orden de llevarlos á Tlaxco, lugar distante como ocho leguas; y al llegar al punto llamado *Tiopan*, el valiente soldado de la libertad fué asesinado cobardemente, y su cadáver abandonado en el monte, para ser devorado por las aves de rapiña.

Los demás prisioneros, víctimas de una impresión horrible, continuaron su triste peregrinación hasta el lugar de su destino, donde más tarde, y con motivo de un ataque dado á este lugar (Tlaxco), el 31 de Mayo siguiente, por el esforzado guerrillero Carbajal, Don Antonio Argüelles, ese anciano respetable, modelo de probidad y civismo, fué asesinado de la misma manera que su malogrado hijo, en un corral del Mezón, sito en la Plaza del referido pueblo.

Estos hechos brutales llenaron de asombro é indignación á la gente sensata de los alrededores, que lanzó un grito unánime de reprobación anatematizándolos enérgicamente; pero el Gobierno reaccionario no se dió por entendido, y antes bien, aprobó con su punible silencio, esos atentados salvajes, perpetrados con menoscabo de la civilización y de los sentimientos humanitarios que abriga la mayoría de los mexicanos.

El Coronel Argüelles se hallaba en la flor de su edad, cuando la vida se presenta llena de atractivos y ofreciendo un porvenir de ilusiones, de amor y de esperanza. . . .

Joven, rico, de arrogante presencia; con un caudal de sólida instrucción; abrigando ideas liberales, avanzadas y puras, y poseyendo un excelente corazón, Argüelles era el tipo viril y simpático del guerrero y el amigo, del apóstol y el caudillo, que se consagra en cuerpo y alma á la defensa de grandes y bellos ideales, á la conquista de sublimes y seductores principios, al triunfo de eternas y salvadoras verdades.

Dotado de un valor temerario, más de una vez, en los campos de batalla, hizo morder el polvo á sus enemigos; pero nunca abusó de la victoria, ni sus manos se mancharon con la sangre de los vencidos: respetó la vida humana; aspiró á la perfección, y esos títulos y

cualidades de un orden superior, forman su mejor apoteosis y lo recomiendan á la admiración y el elogio de la posteridad.....

En el ínter, Echeagaray dictaba la siguiente orden referente á la ley de desamortización:

“Líbrense circular á las prefecturas del Estado, para que hagan que inmediatamente procedan los Escribanos á cancelar de oficio las escrituras que hubieran otorgado conforme á la ley de 25 de Junio de 1856, declarada nula por el supremo Gobierno de la Nación; exigiendo á cada Escribano, bajo su más estricta responsabilidad, que remita un certificado con que acredite haber dado cumplimiento á esta disposición, expresando en él los nombres de los adjudicatarios ó rematantes, la pertenencia de fincas y fechas de las escrituras.

“Dese conocimiento de este acuerdo al Sr. Gobernador de esta Sagrada Mitra.

“Y de orden de S. E. se publica para conocimiento de los habitantes de este Estado.

“Puebla, Febrero 9 de 1858.—José Maria Cora; Secretario.”

Júzguese del poder despótico del Gobierno reaccionario, por el contenido de la preinserta disposición, y calcúlese el cúmulo de trastornos é inconvenientes á que iba á dar lugar su observancia, tratándose de asuntos tan delicados y que se rozan íntimamente con el orden, la riqueza y la tranquilidad pública.

Además, ese *ukáse*, inspirado sólo por el odio y las pasiones de partido, colocaba á los adjudicatarios en una situación crítica, exponiéndolos á una muerte segura, si se recuerda el estado violento de los ánimos contra esa clase, á la que un clero fanático designó con el significativo mote de *herética y excomulgada*.

Pero todas esas consideraciones, de una naturaleza tan elevada, pasaban inadvertidas para el General Echeagaray, ignorante en materias hacendarias y económicas, influenciado, ó más bien, dirigido por la *casta* sacerdotal que se había apoderado de la situación, y preocupado absolutamente por la cuestión política que absorbía toda su atención, y en la que creía estar representando un papel muy principal.

En efecto, la presencia del elemento constitucionalista en el vecino y poderoso Estado de Veracruz, que se presentaba aguerrido y formidable para combatir á la reacción, atraía las miradas de ese go-

bernante, que en sus locos ensueños de ambición, se juzgaba el héroe triunfador de aquella importante entidad federativa; por lo tanto, y obedeciendo á esos desatinados impulsos, empezó á desplegar una actividad inusitada en el desarrollo de ese su querido proyecto que conceptuaba de fácil realización.

Por su parte, la prensa reaccionaria contribuía al logro de la empresa, elevando sentidos cánticos y entusiastas ditirambos en loor de su tan arrogante caudillo, el cual pasó revista el 3 de Marzo á las tropas que iban á hacer la campaña de Oriente.

El Periódico Oficial describía el acto así:

“El Miércoles, el General Echeagaray pasó en la Plaza de armas revista á todos los Cuerpos que forman la columna de vanguardia, ataque y reserva.....

“Al día siguiente marcharon la artillería é infantería á las órdenes del Sr. General D. Carlos Oronoz, cuyo valor y pericia nadie ha puesto jamás en duda. Todos los Cuerpos al desfilar frente al balcón de Palacio donde se hallaba S. E. lo vitorearon con el entusiasmo que nace del corazón, cuando el soldado confía en su Jefe y sabe que la causa que defiende es la de la justicia y del honor.

“En la mañana de ayer (5 de Marzo), en medio de las aclamaciones de los heroicos poblanos, y al frente de las tropas de caballería salió el Excelentísimo Sr. Gobernador y Comandante General, seguido de un numeroso Estado Mayor y de muchos jóvenes de la población que á pesar de no ser militares, han querido participar de los peligros de una campaña que será tan gloriosa.

“El Sr. General Echeagaray, uno de los Jefes más distinguidos que obedecen al Gobierno de México, va á conquistar el laurel que honra más á un valiente guerrero y honrado ciudadano, el que ciñe las sienes del que con las armas en la mano contribuye á devolver al país donde vió la luz primera la tranquilidad y la abundancia....

“¡Honor y gloria al General Echeagaray, y á los Jefes, Oficiales y soldados de la División de Operaciones contra los disidentes de Orizaba y Tehuacán! Que la victoria corone sus banderas, y que pronto los veamos regresar trayendo en las manos las palmas del triunfo.”

A su vez, Echeagaray al abandonar la ciudad angélica, expidió la siguiente proclama:

“Soldados.

“Bien sabéis que he sido con vosotros siempre franco y sincero; sabéis también que os he conducido á los campos del honor por el sendero de la gloria, para que seais el antemural de la justicia y el orden.

“Soldados: Vais á combatir contra los enemigos de la paz pública, para afianzar el poder de la Nación y los principios que ha proclamado. En las fértiles montañas de Orizaba os aguardan los mismos que se llamaron vuestros amigos, y que seducidos, se apartaron de vuestras filas para traicionaros.

“Vosotros habéis sido siempre leales, y habéis llenado vuestros compromisos con valor; ni la pérdida de vuestros fueros y prerrogativas, ni la dura necesidad de pelear con vuestros hermanos del ejército, os han separado de vuestra enseña. Vuestro sufrimiento lo han agotado esos fingidos amigos, y mientras derramaban vuestra sangre en las batallas, ellos se elevaban sobre los cadáveres de vuestros hermanos, robaban sin pudor y formulaban siniestramente una Constitución que la patria ha maldecido porque atacaba los dogmas sagrados de la religión de vuestros padres, las costumbres y los intereses nacionales.

“Compañeros de armas: Vosotros no jurasteis ese Código: habéis hecho bien y haréis mejor en combatir como siempre, con denuedo y bizarría, en defensa de causa tan justa, contando de cierto con la protección del Ser Supremo que reina en el Cielo, y que un día para hacer ostentación de su inmenso poder, dijo á los hijos de Israel: “Yo soy el Señor Dios de los ejércitos.”

“Soldados: El es nuestro Dios, y vuestro General soy yo que empuño el lábaro nacional, la bandera del Ejército:

“Ejército: seguidla con marcial decisión; el camino que os abre es el de la victoria; su huella es la bendecida por todos nuestros compatriotas y compañeros de armas.

“Soldados: Vamos á partir: vais á dejar esta Ciudad; pero sus habitantes, testigos de vuestro entusiasmo, elevan al Todopoderoso fervientes votos por vuestras glorias. La campaña será breve: vuestros hogares quedan bajo la custodia de vuestros compatriotas, que con tanta decisión se han presentado á tomar las armas.

“Pronto volveréis á los brazos de vuestras esposas, hijos y amigos

que os coronarán de laureles como á sus salvadores, tocando únicamente la gloria de llevaros al combate, á vuestro general y amigo.

“Miguel M. de Echeagaray.—Puebla, Marzo 3 de 1858.”

En medio de ese hacinamiento de conceptos y palabras que nada tenían de sólido y verdadero y mucho de presuntuosidad y petulancia, sorprende ver á un jefe de tropas, perjuro é hipócrita, que marchaba á la guerra á hacer derramar lágrimas y sangre, invocar á la Divinidad, declarándose General de los ejércitos celestiales, parodiando risiblemente á Mahoma que había dicho en otra época de grande atrazo para la civilización: “*No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su Profeta.*”

Llama la atención el mirar la sangre fría, ó más bien, el alarde cínico con que el partido reaccionario se cubre con el manto de una religión para paliar abusos, escudar crímenes y extorcionar á un país ávido de libertad y progreso; y todavía la admiración y el asombro crecen y llegan á un punto inconcebible, cuando se trae á la memoria que corifeos de esa agrupación tenebrosa han escrito con la sangre de las víctimas, y en muchas partes á la luz del incendio y entre los horrores de la matanza, fechas tan memorables como la que recuerda las crueldades ejercidas en la toma de la fortaleza de San Carlos de Perote, y los fusilamientos de Jalapa, el 11 de Junio de 58; ambos hechos llevados á cabo por el mismo autor de la proclama que antecede, y el cual, refiriéndose al último suceso, decía en el parte respectivo y con cierta delectación feroz: “al proceder así, cumulo y descanso tranquilo en mi conciencia militar: la sangre de mi hermano el General Manero, hierve todavía en el altar de la Patria, y es necesario *más sangre* para que no se seque la de ese bravo y malogrado militar;” los asesinatos horribles de Tacubaya, y la hecatombe de Cocula, en cuyo pueblo, como es sabido, el sanguinario Gutiérrez quitó la vida á más de ochocientos hombres, la mayor parte prisioneros pertenecientes á las fuerzas liberales del Sur, que capitaneaba el General D. Diego Alvarez.

Pero hagamos á un lado tan tristes reminiscencias, y continuemos el curso de nuestra narración.

Echeagaray salió de Puebla para la campaña de Oriente el 5 de Marzo: el 7 ocupó la ciudad de Tezintlán, é hizo que ésta secundara el Plan de Tacubaya: un periódico reaccionario consignó la noticia,